La Comunidad del Bardal y el secreto de la Viorna

Juan Carlos Udías

PRÓLOGO

Hay lugares donde la tierra no solo sostiene los pasos, sino que guarda memorias. Liébana es uno de ellos: un rincón de piedra, niebla y valles profundos donde la historia oficial y el mito siempre se han alimentado del mismo caldero.

Allá por el siglo VIII, en el monasterio de Turieno, un monje llamado Beato se devanaba los sesos en el scriptorium intentando descifrar los misterios del Apocalipsis. Pero las respuestas de la Sierra de la Viorna no se encuentran en el latín de los pergaminos, sino ladera arriba, con las albarcas puestas y el alma dispuesta a encajar más de un sobresalto.

Lo que las crónicas olvidaron contar es que Beato no caminó solo. Cuando el tiempo se enreda y las piedras viejas gimen, la historia la escriben quienes saben escuchar al monte. Entra aquí en juego la Comunidad del Bardal: una comitiva tan disparatada como invencible donde la picaresca, la sabiduría ancestral, la guasa de un duende y la lealtad de la manada se unen para desenterrar el secreto de las siete ermitas.

Ajusta el zurrón y aprieta el bastón. La Comunidad ya ha echado a andar.

I. La Crónica de los Tiempos Enlazados: El Trance de Cintul

II. El Scriptorium de Turieno: El Número de la Bestia

III. El Secreto de las Siete Ermitas

IV. La Senda de los Eremitas y la Primera Letra.

V. En el Balcón de Liébana: El Mosaico de piedra, roble y Tejo

VI. La Noche de las Sombras y la Espada del Lobo

VII. El Oratorio de San Pedro y la Cúpula de Bronce

VIII. La Despensa del Monasterio y la Travesura de Trasgo

IX. La Ascensión a las Cumbres y las Dos 'C' de la Cueva Santa

X. La Catedral del Viento y la Revelación del Año 800

I. La Crónica de los Tiempos Enlazados: El Trance de Cintul

Yo no estuve allí. Las cosas como son. Mi cámara no pudo captar el instante porque ningún objetivo, por limpio que esté, puede enfocar a través de las rendijas del tiempo. Además, a esas horas de la madrugada, un servidor prefiere el calor de una buena taza de café. Pero Trasgo sí estuvo. Me lo contó hace unas noches, agazapado entre las zarzas del bardal, con esa risilla suya de quien guarda un secreto que sabe que va a escocer. Os lo contaré tal y como él me lo sopló, jurando por lo más sagrado que, por una vez, no se ha inventado ni una pizca.

Todo comenzó donde mueren los caminos viejos, en Santa María de Cintul.

Hay que ver cómo duele Cintul cuando amanece. La luz del alba, herida y pálida, empieza a colarse entre los sillares de esa reina destronada que hoy se cae a pedazos. Son piedras cansadas, sí; fatigadas de sostener el cielo y el olvido, un esqueleto románico que parece mantenerse en pie solo por el orgullo de haber sido sagrado. El rocío de la mañana empapaba las ortigas que crecen donde antes hubo un altar, y el silencio era tan espeso que casi podía escucharse el lamento de la hiedra trepando por los arcos fajones.

Allí estaba La Beata, con sus sayas negras y sus devociones a cuestas, ajena al mundo y al frío que subía de la tierra húmeda. Se había arrodillado frente a lo que quedaba del ábside, con las manos entrelazadas y los ojos fijos en la nada. Buscaba su paz, pero la piedra de Cintul guarda demasiada memoria.

Trasgo, oculto tras la base de una columna carcomida por el musgo, la vigilaba. Tenía la firme intención de atarle los cordones de las zapatillas o de hacerle desaparecer el rosario, que es lo propio de su condición. Pero se lo pensó dos veces cuando vio que algo no iba bien. O mejor dicho, que iba demasiado bien.

Los labios de La Beata dejaron de murmurar padrenuestros. Su respiración se acompasó con el latido invisible del templo. El aire a su alrededor empezó a vibrar, volviéndose denso, pesado, con un súbito olor a cera quemada, a incienso viejo y a pergamino rancio que nada tenía que ver con el aroma a hierba mojada de la Cantabria del siglo XXI. Las piedras de Cintul, al recibir el primer rayo de sol, no se iluminaron: se transformaron.

El arco apuntado frente a ella comenzó a ensancharse, las paredes derruidas se levantaron del suelo como si el tiempo rebobinara su propia película, y los muros caídos se vistieron de recia sillería prerrománica.

La Beata pestañeó, pero no se asustó. Entró en ese trance con la naturalidad de quien cruza el umbral de su cocina. Su mente y su cuerpo volaban, cortando los vientos de la historia, viajando leguas hacia el oeste, hacia el corazón de Liébana.

Y Trasgo, al ver que la vieja se desvanecía en una neblina dorada, pegó un brinco de puro pánico a quedarse solo y se enganchó con las uñas a los pliegues de la saya de La Beata. Si ella se iba a correr una aventura al fin del mundo, él no se lo iba a perder. Al fin y al cabo, ¿qué es un duende sin una buena comedia que presenciar?

Cuando el mareo del viaje cesó, el cielo abierto de Cintul había desaparecido. Sobre sus cabezas se alzaban las vigas de madera de San Martín de Turieno. Estaban en el siglo VIII, en el corazón del scriptorium, y el aire estaba preñado de una tensión que se podía cortar con un cuchillo de cantero…

II. El Scriptorium de Turieno: El Número de la Bestia

El silencio en el monasterio de San Martín de Turieno no era un simple desierto de palabras; era una losa pesada, vigilada por la estricta Regla de San Benito. Los monjes se habían desgajado de sus jergones a las dos de la madrugada, arrastrando sus pies descalzos bajo el frío de Liébana para cumplir con los primeros rezos. Desde allí, sin pasar por el refectorio, los elegidos se habían dirigido directamente a la única estancia del cenobio donde el ingenio humano desafiaba a las tinieblas: el scriptorium.

Aquella sala era un ecosistema prohibido para el resto de los hermanos; un rincón del mundo donde habitaban, entre las sombras, santos y demonios. El aire pesaba. Quien entrase allí por primera vez habría retrocedido ante una bofetada de olores contrapuestos: el humo rancio del sebo, la cera fundida de los cirios, el aroma animal y agrio de la piel de carnero curtida y el tufo mineral de los ungüentos químicos. Para camuflar aquel sudor de la creación, los monjes quemaban incienso de Oriente, que flotaba como un manto invisible y gris bajo un techo completamente ennegrecido por el hollín.

No había ventanas. El conocimiento se custodiaba a oscuras, protegido por cuatro recios muros de piedra cubiertos de arriba abajo por estanterías de madera de roble. En ellas

reposaban, como soldados mudos, cientos de pergaminos y códices encuadernados en piel gruesa; tesoros traídos de los confines de la tierra por cazadores de reliquias y sabios fugitivos del sur de España. Esos eran los mapas de navegación que el Beato —que tal era su nombre de pila, el oficio vendría después— consultaba con dedos febriles para levantar su monumento teológico: el Comentario al Apocalipsis.

En mitad de la estancia se alineaban ocho recios atriles de roble, desgastados por el uso y tatuados con las cicatrices de la pintura: churretes de rojo minio, salpicaduras de azul azurita y la huella brillante, casi mágica, del pan de oro. En ese momento, la mayoría de los puestos estaban vacíos, salvo tres o cuatro copistas que rasgaban el pergamino con el alma en vilo.

Pero la regla sagrada del silencio saltó en pedazos. Y no la rompió un cualquiera.

—¡Seis no, Magio! ¡Te he dicho siete! ¡Tienen que ser siete!

La voz del Beato retumbó entre las vigas de madera, cargada de un enfado que ponía a temblar la tinta. Frente al atril principal, el iluminador Magio, con el pincel suspendido en el

aire y una gota de sudor frío recorriéndole la tonsura, agachaba la cabeza ante el torrente del abad.

—Siete iglesias en Asia, Magio —tronaba el Beato, señalando el pergamino con un dedo acusador—. Siete sellos, siete trompetas, siete copas de la ira de Dios... ¡El Evangelista no eligió el número al azar y yo no voy a consentir que le quites majestad a la Bestia por falta de espacio en la página! Si Juan vio siete cabezas emergiendo del mar, tú me pintas siete cabezas, aunque tengas que retorcerle los cuellos hasta el borde del folio.

Mientras el Beato se desahogaba, ajeno al orden del universo, dos intrusos observaban la escena desde la penumbra.

La Beata, que contemplaba la discusión con los brazos cruzados bajo sus sayas negras y una tranquilidad pasmosa, empezó a dar unos pasos cortos hacia el enfurecido monje. El ambiente cargado del scriptorium no parecía turbar su paso de anciana sabia; al contrario, miraba los monstruos dibujados en los pergaminos con la misma naturalidad con la que se mira un paisano un poco feo en la plaza del pueblo.

Detrás de ella, aprovechando el revuelo, Trasgo ya estaba haciendo de las suyas. Se había deslizado como una sombra

chinesca detrás de la estantería más cercana a los escribanos. Desde allí abajo, apenas alcanzaba a ver los pies descalzos de los monjes y el balanceo de sus hábitos. Para colmo, un viejo pergamino que sobresalía del estante superior colgaba como una cortina, entorpeciéndole la vista. En la esquina de ese cuero gastado, escrito con una caligrafía diminuta y casi imperceptible, descansaba un número: 800.

A Trasgo el número le importaba un comino, él buscaba diversión. Alargando sus dedos huesudos, rozó el tintero de azurita del monje más cercano, con la firme intención de moverlo un par de dedos a la derecha justo cuando el copista fuera a mojar la pluma, ansiando ver el borrón azul sobre la pulcra caligrafía carolina.

Fue en ese instante cuando La Beata, con paso firme y una sonrisilla de quien sabe más por vieja que por santa, se plantó a la espalda del Beato de Liébana.

—A ver, Toribio, hijo... —comenzó a decir con voz pausada, rompiendo por segunda vez la estricta paz de Turieno—. No le metas más prisa al muchacho, que para pintar un buen bicho hace falta calma y no tantos gritos, que vas a despertar a las gallinas antes de hora.

El Beato se dio la vuelta como si le hubiera picado un escorpión...

III. El Secreto de las Siete Ermitas

Una mujer en su recinto sagrado. ¡Anatema! El Beato no daba crédito a lo que veían sus ojos. Se llevó las manos a la cabeza, sintiendo que el suelo se abría bajo sus albarcas. ¿Por dónde demonios había entrado? A punto estuvo de romper definitivamente el silencio sagrado y gritar a pleno pulmón el nombre del abad Fidel para que los monjes del cenobio expulsaran a aquella intrusa. Pero, a pesar del susto morrocotudo y de la perplejidad, se paró en seco. La curiosidad, ese vicio tan propio de los sabios, pudo más que el dogma. Tenía que saber de dónde venía, cómo había aparecido de la nada. ¿Era un ángel enviado para iluminarlo o un demonio con sayas para tentarlo en su hora más oscura?

Sin mediar palabra, el Beato la agarró del brazo con firmeza y la arrastró a toda prisa hacia el fondo de la sala, allá donde las velas no alcanzaban y la penumbra confundía el negro del hábito con el negro de las sombras más densas.

Trasgo, que lo vio todo desde su escondite, se puso tenso. Hizo amago de saltar del estante, dispuesto a morderle las pantorrillas al monje para salvar a la vieja de las garras del Beato. Pero La Beata, con una sutileza infinita, movió la mano libre y le hizo un leve ademán hacia atrás. No hacía falta. Ella había lidiado con los tribunales del Santo Oficio en los siglos

venideros; un monje agobiado del siglo VIII era poco más que un aprendiz de teólogo para su experiencia. Al duende le sorprendió que supiera que estaba allí —él, que se creía el rey del camuflaje—, pero conociendo las mañas de la anciana, se limitó a esbozar una de sus sonrisas burlonas y le devolvió el gesto, como diciendo: «Tú mandas, pero si la cosa se tuerce, le vuelco el tintero».

Una vez en la seguridad de la penumbra, el Beato lanzó una ráfaga de preguntas susurradas que parecían saetas disparadas por una ballesta de repetición. «¿Quién eres? ¿Cómo has burlado la clausura? ¿Eres espíritu o carne?». Menos mal que seguían la regla del silencio, pensó La Beata para sus adentros, porque a este hombre no lo calla ni un aguacero en el desfiladero.

Sin embargo, no hizo falta responder. El propio Beato se detuvo, exhausto por su propio torbellino mental. Miró fijamente aquellos ojos serenos de mujer del norte y comprendió, con la lucidez de los místicos, que algo que escapaba a su razón estaba ocurriendo. Para bien o para mal, aquella pequeña mujer estaba allí por su causa. El abad bajó la guardia, suspiró con un desaliento que le salía del alma y decidió sincerarse.

—Estoy escribiendo un tratado donde se habla de la vida, de la

muerte, del juicio final y del purgatorio —confesó en un murmullo que apenas hacía vibrar el polvo flotante—. Entiendo las palabras de los Santos, he leído cada escrito que ha llegado a mis manos y pensé que lo tenía todo... pero estoy atascado. Me falta una pieza, la clave de bóveda de todo mi estudio.

El Beato se acercó aún más, el olor a cera y pergamino emanaba de sus ropas.

—Hace seiscientos años, en los primeros tiempos de la Iglesia, fue escondido un pergamino que me daría la solución a la principal pregunta que quiero resolver. Sé que ese pedazo de cuero contiene el dato definitivo, el número exacto que desvelará la fecha del fin del mundo. Siempre he pensado que estaba aquí, escondido entre estos legajos que ves en las estanterías. Los he leído todos, una y otra vez, hasta dejarme los ojos, y no hay suerte ninguna. Ya no sé qué hacer, mujer. El tiempo se agota y la Iglesia se encamina a ciegas hacia su destino.

La Beata lo escuchó con paciencia de madre, asintiendo despacio. Luego, clavó su mirada en los ojos fatigados del monje y, con una rotundidad que no admitía réplica, exclamó en un susurro:

—Las siete ermitas de Santo Toribio de Liébana, Toribio. El secreto que te retuerce las entrañas no está entre estos papeles viejos, sino ahí fuera, esculpido en la roca. Cada una guarda un pedazo del misterio. Solo tienes que salir de este agujero ahumado, respirar el aire de los Picos y recorrer las siete. Seguro que allí das en el clavo para poder terminar tu trabajo.

El Beato se quedó petrificado. Las ermitas que salpicaban los riscos sagrados que rodeaban el monasterio... Lugares de oración individual, de piedra desnuda y viento. ¿Y si la vieja tenía razón? ¿Y si la respuesta no estaba en los libros de los hombres, sino en los altares de la montaña?

IV. La Senda de los Eremitas y la Primera Letra.

El abad Fidel no era hombre de frenar los designios del Cielo, por muy extraños que se le presentasen a primera hora de la mañana. Escuchó al Beato en el claustro, midiendo el fuego que ardía en sus ojos, y comprendió que retenerlo en el scriptorium sería como intentar encerrar al viento del puerto en una alcuza.

—Ve, Toribio —le dijo, imponiéndole las manos sobre la tonsura—. Rompe las reglas que haga falta romper si con ello hallas la luz que disipe las tinieblas de la Bestia. Pero no irás solo. El monte guarda más peligro que tus manuscritos.

Como escolta, Fidel les asignó dos pilares de carne y hueso. El primero era Fray Filipo, un gigante del sur que había alcanzado Liébana tras naufragar en el Estrecho de Gibraltar y esquivar, a base de cayado y agallas, tanto a las patrullas del Emirato como a los piratas del mar. El segundo era Fray Alonso, un paisano de la comarca que había pasado media vida apacentando cabras en las cumbres y peleando a puño cerrado contra lobos y osos. Decía metido a monje que se había entregado a la fe tras "ver a Dios" una noche de tormenta en la ladera de la Viorna, aunque si le apretabas las tuercas confesaba, con un guiño, que no tenía muy claro a cuál de todos los dioses había visto.

Mientras los dos frailes preparaban los zurrones con víveres para cuatro o cinco días —pan de escana, queso duro, cecina y un par de pellejos bien llenos—, La Beata se descolgó hasta la sombra de la muralla. Se detuvo justo frente a un espeso matorral de árgomas.

—Sal de ahí, lambión —dijo sin levantar la voz, mirando fijamente a las matas.

Trasgo asomó las orejas puntiagudas y un ojo desconfiado, ajustándose la gorrucha.

—Vas a venir con nosotros —sentenció La Beata, ajustándose los pliegues del mantón—, porque sé de sobra que nadie como tú conoce las entrañas de esta sierra, ni cómo hablarle al monte ni cómo aplacar a las bestias. Pero te me vas a portar bien. Nada de atar los hábitos de los frailes, nada de tirarle del rabo a los mastines y nada de trastadas. Al primer descarrío, te pongo a rezar diez avemarías seguidas. Y sabes que te las cuento.

Trasgo puso cara de piedad forzada, tragándose las ganas de sacarle la lengua, pero por dentro daba brincos. La anciana no solo no lo dejaba atrás, sino que le reconocía su sitio en la naturaleza. Eso merecía, al menos, una tregua temporal.

Al despuntar las primeras luces del alba, cuando la niebla del Deba aún descansaba en el fondo del valle, la variopinta comitiva emprendió la marcha hacia el noreste. Salieron del recinto sagrado enfilando una pequeña cuesta, una rampa empinada que se abría paso entre robles jóvenes y encinas de monte bajo. El suelo, duro y salpicado de piedra suelta, crujía bajo las caligas de los monjes y las albarcas invisibles de los polizones temporales.

Pronto llegaron al primer destino: el oratorio que el tiempo acabaría llamando de Santa Catalina.

En aquel siglo VIII no había allí retablos ni grandes muros de cantería; era apenas una pequeña celda eremítica de piedra tosca, un refugio austero concebido para el aislamiento y la mortificación, donde una gruesa losa plana incrustada en la roca servía a la vez de altar para el sacrificio y de cama para el penitente. El aire en el interior olía a humedad, a tierra antigua y a tomillo silvestre.

El Beato fue directo al oratorio, cayendo de rodillas frente a la piedra, mientras Fray Filipo y Fray Alonso vigilaban el acceso con sus garrotes de avellano asentados en el suelo.

—Busca abajo, Toribio —murmuró La Beata desde el umbral,

señalando con el cayado la base del altar.

El monje se inclinó, apartando con sus propios dedos la capa de tierra y liquen que cubría la parte inferior de la gran losa. Y allí, labrada en la roca firme con un trazo profundo, limpio y misterioso que ni los siglos ni el musgo habían conseguido borrar, apareció la primera pista:

Una L perfectamente tallada.

—La primera... —susurró el Beato, tocando la hendidura con la yema del dedo, sintiendo un escalofrío que no era de frío.

Sin embargo, el gozo de la revelación duró lo que un suspiro.

Afuera, el aire de la montaña se volvió de golpe pesado y fétido, cargado con un tufo insoportable a azufre, carroña y vegetación podrida. Un crujido ensordecedor de ramas tronchadas retumbó en la ladera. Fray Alonso y Fray Filipo retrocedieron paso a paso hacia el interior de la celda, aferrando los cayados con los nudillos blancos y la cara desencajada.

—¡Por los clavos de Cristo! —maldijo Filipo en su acento del sur, persignándose a toda prisa.

Rompiendo el espesor del robledal, erguido como un roble centenario y derribando los matorrales a su paso, apareció una mole aterradora. Era un Ojáncano monumental, de piel cenicienta y mugrienta, cubierta de cerdas duras como espinos. En mitad de su frente nudosa, un único ojo rojo y desorbitado ardía con una furia ciega, fijándose directamente en el pequeño grupo acorralado en el eremitorio. La criatura soltó un rugido que hizo temblar los cimientos de la ladera, levantando un garrote hecho con el tronco entero de un haya para aplastarlos de un solo golpe.

—¡Atrás! —gritó Fray Alonso, intentando ponerse delante de La Beata, aunque sus piernas temblaban como varas de avellano.

Trasgo se agazapó entre las piedras, enseñando los dientes pero sabiendo que contra semejante masa de carne silvestre sus artimañas se quedaban cortas. Todo parecía perdido a las puertas mismas de Santa Catalina...

Fue entonces cuando la tierra del bosque empezó a retumbar con un ritmo distinto. No era el paso pesado de una bestia, sino un latido profundo, majestuoso, como si el corazón

mismo de Cantabria hubiera decidido despertar.

Desde la penumbra de la espesura, abriéndose paso no rompiendo las ramas sino acogiéndolas entre su fronda, emergió una figura colosal. Sus raíces se afianzaban en la caliza con la fuerza de los siglos, su corteza rugosa parecía la armadura de un rey olvidado y sus hojas doradas brillaban bajo la luz del amanecer.

El Castaño de Rioz había hecho su entrada en el escenario....

El silencio que siguió al rugido del Ojáncano se volvió tan denso que ni las hojas de las encinas se atrevían a moverse. Fray Filipo apretaba el cayado con fuerza, y Fray Alonso mascullaba en voz baja lo que parecía una mezcla de salmo penitencial y conjuro de pastor.

Todos esperaban el impacto. La batalla feroz, el crujir de los huesos y el choque de la madera. Pero no hizo falta.

El Castaño de Rioz no necesitó levantar una sola rama. Su mera presencia llenó la ladera con la autoridad incontestable de quien lleva hincando las raíces en esta tierra desde antes de que los hombres aprendieran a levantar paredes de piedra.

Sus hojas doradas resplandecieron al sol como un yelmo soberano y el aire se limpió de golpe del tufo fétido del monstruo.

El gran árbol inclinó apenas su copa hacia el gigante de un solo ojo. De la corteza rugosa del Castaño no salió un grito, sino un murmullo profundo, retumbante, como el sonido de las piedras del río rodando en una riada de invierno:

—Vuelve a tu cueva, bruto. Este camino no es tuyo.

Fueron solo esas pocas palabras. Secas. Sin margen para la réplica. En la jerarquía del monte, el Ojáncano podía ser la fuerza bruta, pero el Castaño era la ley Antigua.

El monstruo parpadeó su único ojo rojo, desconcertado. Miró al gran árbol, miró al grupo acorralado en la losa de Santa Catalina y, dejando caer el tronco de haya con un golpe sordo sobre la hojarasca, dio media vuelta. Se fue internando en la espesura del robledal, refunfuñando entre dientes y arrastrando los pies hasta que el crujido de las ramas se perdió en la lejanía.

Fray Filipo dejó ir un suspiro que le salió desde el fondo del

alma, mientras Fray Alonso se pasaba la manga del hábito por la frente empapada en sudor.

—Por los santos de abajo... —murmuró el sureño, bajando lentamente el garrote—. Que me trague la mar si he visto yo un árbol con tanto genio.

—Es el monte, hijo, es el monte —suspiró La Beata, arreglándose el mantón como si no hubiera pasado absolutamente nada—. Aquí las cosas no se resuelven a palos si se tiene un poco de conocimiento.

Trasgo asomó la cabeza de detrás de un peñasco, mirando al Castaño de Rioz con una mezcla de respeto y fastidio pero alegre de ver a su compañero del la Comunidad del Bardal. Le hubiera gustado ver un poco más de enredo, pero reconoció para sus adentros que tener al viejo árbol de su parte les ahorraba un buen disgusto. El Castaño rozó suavemente el hombro de la vieja con una de sus ramas más bajas, en un mudo saludo de complicidad, y pareció fundirse de nuevo con el paisaje de la ladera. Ya eran tres los Comuneros en el viaje para resolver el misterio.

El Beato, que no había quitado los dedos de la "L" grabada en la base del altar, miró la piedra y luego al pequeño grupo.

—Tenemos la primera letra —dijo el monje, recuperando el aliento y la fe—. Y ahora sé que este camino no lo hacemos solos.

—Pues no nos apalanquemos aquí, Toribio —sentenció La Beata, echando a andar cuesta arriba sin esperar por nadie—. Que el sol no perdona y las piedras de la Sierra de la Viorna están esperando a que alguien las escuche.

V. En el Balcón de Liébana: El Mosaico de piedra, roble y Tejo

Salieron de la paz de Santa Catalina reforzados con la presencia del Castaño de Rioz. Llevar en semejante aventura al viejo gigante del bosque siempre infundía una seguridad que ni las mejores espadas de Toledo podían igualar. La siguiente parada distaba apenas unos pocos cientos de metros, pero la cuesta que se abría ante sus ojos era pindia de solemnidad, de esas que hacen apretar los dientes y buscar con tiento el apoyo del cayado. Con calma y sin tregua, la comitiva fue ganando terreno a la ladera de la Viorna hasta que no tardaron en divisar las primeras piedras del oratorio que el tiempo bautizaría como San Miguel.

Por aquel entonces se trataba de una construcción tan singular como fascinante. Pequeña, como todas las del eremitorio, pero en sus muros se entrelazaban con maestría la madera viva y la piedra basta, casi sin tallar. Parecía como si el cantero hubiera tenido la paciencia de buscar la postura exacta de cada peñasco para colocarlo en su sitio sin necesidad de golpearlo, trabando la mampostería con gruesos troncos de roble alineados cada pocos metros: unos en vertical sosteniendo el empuje, otros en horizontal y algunos cruzados en diagonal. Formaban un mosaico entramado de madera y caliza de una belleza áspera y salvaje, sin igual en toda la comarca.

Nada más llegar al saliente, la inmensidad del paisaje les golpeó el rostro. Trasgo, que no podía estar callado ni debajo del agua, aprovechó para picar a La Beata:

—¡Ay, Beata! —dijo el duende con una mueca burlona, acomodándose en un saliente de roca—. Con estas vistas, esto más que un sitio para espiar pecados pare un balneario de relajación para tomar agua de amapolas y echarse la siesta.

La Beata le miró por encima del hombro con la mordacidad que la caracterizaba, acomodándose el mantón con parsimonia.

—Si tú hubieras espiao la mitad de tus pecados, zángano, no tendrías esa cara de no haber roto un plato. Deja en paz a los santos y mira la tierra, que para eso te hemos traído, no para que hagas de turista.

Lo cierto es que desde el saliente de San Miguel las vistas al valle son una de las mejores postales que la naturaleza puede regalar. Enfrente, recortándose contra el cielo como reinas de la nieve y la roca, se alzaban las imponentes cumbres de Peña Sagra y la Sierra del Cordel, custodiando los horizontes del este. Y abajo, diminutos en el fondo de la cuenca, los pueblos de Potes, Mieses y La Molina velaban los viejos caminos por

donde discurren el Deva y el Quiviesa.

Pero Beato no estaba allí para contemplar paisajes. Con los nervios comiéndole la moral, lanzó la orden de ataque al aire:

—¡Todos a buscar! ¡Bajo cada piedra, en cada rendija!

A la voz de mando, la Comunidad y sus acompañantes se desperdigaron. Empezaron a mover losas, a hurgar entre los troncos de roble y a escudriñar la mampostería dentro y fuera del oratorio. Incluso Trasgo, encaramado a la copa de una encina cercana, arriesgó el pescuezo intentando vislumbrar algo entre las lascas del tejado.

Pasaron las horas. El sol iba coronando el cielo y allí no aparecía nada. Ni una letra, ni un símbolo teológico, ni la más humilde marca de cantero.

Al llegar el mediodía, Fray Alonso y Fray Filipo pararon en seco. Ambos coincidían en una máxima teológica indiscutible: con el estómago vacío no hay fe que valga y hay que mover la mandíbula. Así se lo hicieron saber al grupo, y por primera vez en toda la mañana la búsqueda se detuvo.

Se sentaron todos en hilera al borde del mirador, con las piernas colgando sobre el precipicio, deleitándose a la vez con el abismo y con el chorizo, el queso duro y el pan de escana de los zurrones. En animada charla, los monjes rememoraron entre trago y trago de pellejo cómo les había sobrevenido el Ojáncano en Santa Catalina y cómo el Castaño de Rioz les había sacado, nunca mejor dicho, las castañas del fuego sin despeinarse una hoja.

Pero el sol no se para y la luna le venía pidiendo paso. La búsqueda seguía en blanco.

—¿Será que estas piedras no tienen nada que contarnos? —suspiró Beato, desalentado, pasando la mano por su calva sudorosa.

—No te encabrites, Toribio —dijo La Beata limpiándose los hierbajos de la falda—. Si la idea era ir a la posada de Congarna a pasar la noche, lo mejor es que salgamos ya. El camino discurre entre bosques frondosos y oscuros, y no es cosa de que nos salgan al paso maleantes o algún monstruo con ganas de darnos un susto a oscuras.

Recogieron los pertrechos y emprendieron la caminata en dirección al pueblo de Congarna. Trasgo, subido a una de las

ramas más altas del Castaño de Rioz, no quería irse de vacío e intentaba maquinar alguna de sus típicas bromas de despedida. Para chinchar una vez más, se volvió a mirar las paredes del oratorio y empezó a soltar un chiste sobre el balneario de los monjes.

Fue justo en ese segundo de descuido cuando algo le atravesó la pupila.

En la pared posterior del templo, enmarcado dentro de un cuadrado perfecto hecho con gruesas vigas de roble que ocupaba casi toda la fachada trasera, descansaba un círculo de piedra. Y en el centro mismísimo de ese círculo, engarzada con una precisión matemática, destacaba una V tallada en madera de tejo. Un detalle insólito, pues el tejo jamás se empleaba en la construcción por ser el árbol sagrado y vetado de los antiguos.

—¡Tengo vuestra segunda letra! —gritó Trasgo, dándose un manotazo en el pecho desde la copa del Castaño.

El grupo se frenó en seco. Los dos frailes, que ya le iban cogiendo la medida al duende, se encogieron de hombros.

—Ni caso, Padre —murmuró Fray Filipo—. Este sabandija lo único que quiere es que volvamos a subir la cuesta para reírse en nuestra cara.

Pero el Beato, impulsado por una necesidad casi agónica de que fuera verdad, clavó la mirada en la pared trasera. Sin embargo, fue La Beata la que dio un paso al frente, entornó los ojos hacia el marco de roble y sentenció con voz firme:

—Ya podemos ir tranquilos a cenar. La segunda letra es una V. Y ahora, arramplad con los zurrones y camino de Congarna, que la noche se nos echa encima y las piernas piden posada.

Con la "L" de Santa Catalina y la "V" de San Miguel grabadas en el zurrón de los misterios, la Comunidad del Bardal y sus santos acompañantes se internaron en la penumbra del bosque, mientras las primeras sombras de la noche empezaban a cerrar los caminos hacia el pueblo.

VI. La Noche de las Sombras y la Espada del Lobo

Ha sido un día duro. Desde la bendición matutina del abad Fidel y el hallazgo de la L bajo el acecho del Ojáncano, hasta las leguas de marcha y la agónica búsqueda que dio con la V en el marco de roble, el cuerpo pedía tregua. El camino hacia la posada de Congarna parecía infinito, de esos que se alargan a medida que el sol se oculta. Por suerte, la senda acometía ahora una bajada suave que aliviaba el paso, aunque los gemelos protestaran en silencio a cada pisada.

La expedición avanzaba dividida en tres ritmos. En cabeza, Fray Filipo, Fray Alonso y Trasgo aliviaban el cansancio jugando a las adivinanzas, entre risas y chanzas que hacían la caminata más llevadera. Detrás, el Beato y La Beata caminaban ajenos a la fatiga, enzarzados en un debate febril sobre el significado de las dos letras. ¿Serían parte de un vocablo sagrado? ¿Las iniciales de un nombre escondido en el Apocalipsis? Hablaban sin pausa, fascinados por el enigma. Cerrando la marcha, el Castaño de Rioz avanzaba en un silencio majestuoso. Su paso era lento pero firme; sus raíces invisibles sondeaban la tierra y su mente centenaria no paraba de procesar cada señal del monte.

Faltaba poco para llegar. Bastaba con cruzar una franja de bosque tupido y la posada de Congarna estaría a tiro de piedra.

Pero el bosque de noche guarda sus propios dientes.

Sin que ninguno pudiera presentirlo, la penumbra del robledal se quebró. De entre las sombras surgieron ocho hombres embozados, cortando el paso y cerrando las salidas. Eran figuras altas, corpulentas y ruda carne de presidio: cazadores de caminos que aguardaban a los viajeros justo cuando el cansancio de la jornada los volvía vulnerables. El que capitaneaba a los maleantes dio un paso al frente, sopesando una maza de hierro en la mano.

—Entregad todo lo que lleváis encima —tronó con voz agrietada por el vino y la sangre—. Si colaboráis, igual conserváis el pellejo. Si no, nos quedaremos con los zurrones y con vuestras vidas exactamente igual.

Fray Filipo y Fray Alonso no esperaron órdenes. Con la destreza de quienes han mirado a la muerte a los ojos en mil batallas, adelantaron el paso y se colocaron en la vanguardia del grupo. Bastó un cruce de miradas entre el andaluz y el montañés para que, como si leyeran al milímetro los tratados del arte de la guerra, adoptaran la posición de combate. Eran ocho contra dos, pero venderían cara la piel.

La Beata, un paso atrás y con el rostro grave, empezó a

murmurar en penumbra unas palabras antiguas, impermeables al tiempo y difíciles de entender.

Los ladrones se lanzaron al ataque.

Fray Filipo se posicionó a la izquierda. Aferrando su vara de avellano a dos manos, ejecutó con maestría la guardia de Arrebatar: un movimiento circular y violento, trazado de abajo arriba con la fuerza de un rayo, concebido para enganchar y desviar las espadas rivales. En cuanto los dos primeros asaltantes se abalanzaron sobre él, el bastón de Filipo trazó un arco de madera que hizo saltar las armas de los bandidos entre chispas.

A la derecha, Fray Alonso mantuvo la punta de su cayado baja. Esperó con temple de pastor hasta tener a sus dos oponentes a la distancia justa: exactamente dos varas. En un movimiento inverosímil para su enorme envergadura, el fraile clavó la contera de la vara en el suelo y, sujetándola con rabia a dos manos, se impulsó en el aire volando con las piernas por delante. Era la misma maniobra que usaba de joven para cruzar los ríos embravecidos de Liébana, solo que esta vez sus dos pesadas albarcas se estamparon con la fuerza de un ariete en los rostros de los dos ladrones, mandándolos a morder el barro.

Los cuatro rufianes restantes, viendo que los monjes no se

arredraban, cerraron filas para acabar por la vía rápida.

Trasgo, que no pensaba quedarse como mero espectador en semejante baile, arrancó de un tirón una resistente liana de enredadera, ató una piedra pesada en un extremo y la lanzó con pericia matemática entre las piernas de los que cargaban por detrás. Dos de los maleantes tropezaron torpemente y cayeron de bruces, jurando en arameo sobre las hojas secas.

Los golpes de los frailes habían sido demoledores, pero los primeros asaltantes ya se reincorporaban, rabiosos. Con los cuatro que avanzaban y los dos que se sacudían el barro, seis hombres armados se disponían a abalanzarse en masa sobre el grupo.

Fue en ese preciso instante cuando la atmósfera cambió. El tiempo pareció frenarse en seco. La música del bosque enmudeció.

Apegada a las sayas de La Beata, emergió una sombra majestuosa y semitransparente. Era Arastadar, el gran Malamute de pelaje blanco, negro y fuego. Su porte noble e imponente infundía un respeto sagrado, pero no estaba allí en carne: era la esencia misma del compañero fiel cruzando el velo del tiempo. La Beata, sin apenas agacharse, le rozó el

lomo espiritual y le murmuró una orden al oído.

Arastadar alzó su poderosa cabeza, estiró el cuello hacia la copa de los robles y lanzó un aullido desgarrador que hizo vibrar hasta la última hoja de la sierra. Era el canto atávico del lobo llamando a su manada ante el peligro inminente.

El mundo se detuvo. Lo que ocurrió a continuación solo puede contemplarse en cámara lenta.

La respiración de Arastadar se acompasó con el latido invisible del monte. El aire a su alrededor empezó a vibrar, volviéndose denso, pesado, impregnado de un súbito y arcaico olor a batalla, barro y acero. De esa nube de sensaciones y niebla dorada emergió, implacable, el Caballero de la Lobera, empuñando su legendaria espada con el pomo tallado con la cabeza del Lobo.

No hizo falta evaluar la situación. Sus compañeros de la Comunidad estaban en apuros y la respuesta era una sola.

El Caballero avanzó desatando el ataque de La Regla de Calle o Paso Estrecho, lanzando tajos y reveses alternados que dibujaban un infinito en forma de ocho con el acero. Era un muro infranqueable: nadie podía acercarse ni de frente ni por los flancos. La embestida fue demoledora. A su paso, los

ladrones caían como la hierba bajo la guadaña. Un tajo rápido a la derecha mandó a dos rufianes rodando por el suelo; la hoja voló a la izquierda y alcanzó al tercero; con un giro de muñeca magistral, cambió al Golpe de Pomo, y la cabeza de hierro del Lobo se estrelló directamente contra la cara del cuarto enemigo antes de que pudiera tan siquiera alzar su maza.

Para dar cuenta de los últimos, el Caballero ajustó la técnica y Acortó la Hoja, aferrando la empuñadura con una mano y el recazo de la espada con la otra. En la distancia corta, el acero se volvió una prolongación mortífera de sus brazos. Mostrando una rapidez y una maestría imposibles de frenar, desarmó y neutralizó el último conato de resistencia.

A medida que los bandidos caían abatidos, los dos frailes completaron la faena con sus cayados. A izquierda y derecha solo quedaron los cuerpos magullados de los que no tuvieron la lucidez de salir huyendo entre la espesura.

El silencio volvió a adueñarse del bosque.

Antes de que la espada del Caballero volviera a su vaina, Trasgo llegó corriendo a todo trapo y dio un salto acrobático para encaramarse al cuello del Caballero de la Lobera, dándole

un abrazo tan eufórico que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Era la forma que tenía el duende de dar las gracias. El Beato y los frailes, con los ojos abiertos como platos, le agradecieron la providencial intervención, aunque en sus cabezas no alcanzaran a comprender del todo el milagro de su aparición.

La Beata se acercó despacio. Miró al recién llegado con una sonrisa socarrona, le guiñó un ojo y le soltó en voz baja:

—Mucho has tardado en llegar, Lobero... Por un momento pensé que iba a tener que arremangarme yo misma las enaguas.

A lo lejos, abriéndose paso majestuosamente entre la fronda, la silueta del Castaño de Rioz terminaba de alcanzar al grupo. La Comunidad del Bardal estaba completa.

Minutos después, las luces acogedoras de la posada de Congarna recortaban la noche. Atrás quedaban los peligros del bosque, las espadas y los ladrones. Aguardaban una mesa de madera robusta, una cena caliente, buena charla al calor del hogar y un merecido jergón donde recuperar las fuerzas para el día siguiente.

VII. El Oratorio de San Pedro y la Cúpula de Bronce

La fuerza de la costumbre manda sobre el sueño. Aún no se divisaba la primera claridad del día cuando el Beato ya estaba en pie, impaciente y listo para la marcha. Hoy tocaba ganar la altura del oratorio de San Pedro. Como si de un gallo madrugador se tratase, el monje fue despertando uno a uno a los miembros de la expedición... a excepción de La Beata, que ya andaba dando órdenes a los posaderos de Congarna con el primer hilo de luz, y de Trasgo, de quien dicen los viejos que jamás duerme. Los frailes enfilaron directamente la cocina, convencidos de que con el estómago vacío no hay fe que valga ni camino que ceda; el Caballero de la Lobera se apostó en el umbral, atento a cualquier sombra extraña, y el Castaño de Rioz hacía rato que se había adentrado en la espesura del bosque, buscando un desayuno de sol matutino, agua fresca de la riega de los Millares y la tierra honda donde afianzar sus raíces.

Pusieron rumbo al oratorio ganando terreno ladera arriba, atravesando la riega para internarse en un claro que conducía al corazón del bosque. Como era habitual, los dos frailes y Trasgo iban en vanguardia, entre adivinanzas, risas y bromas que hacían ligero el andar. El Caballero de la Lobera se había adelantado para dar alcance al Castaño; necesitaba consultar a la vieja sabiduria del árbol sobre la madera del tejo y sus antiguos secretos.

El día acompañaba y el monte respiraba en paz tras el sobresalto nocturno.

Aprovechando la calma de la caminata, el Beato apresuró el paso hasta emparejarse con La Beata. Con voz tímida y el temor de quien no sabe si abre una puerta a la salvación o al abismo, se decidió a romper el silencio.

—Beata... a ver cómo te digo esto sin que suene a que me ha pegado demasiado el sol en la mollera.

La Beata le miró de reojo, sin aminorar el paso ni soltar la cayada. El Beato tragó saliva, miró a ambos lados de la senda y bajó el tono a un susurro casi confidencial:

—Es que voy sumando, ¿sabes? Un árbol centenario que se pone a hablarte tan campante como si fuera el abad; un caballero embozado que emerge de una humareda dorada invocando épocas que ni me atrevo a concebir; este duendecillo burlón haciendo de las suyas a cada paso... y, para colmo, tú, que apareciste en el scriptorium de la nada, como si cruzar los siglos fuera igual que cruzar la calle para comprar pan de escana.

Hizo una pausa, se rascó la barbilla pensativo y la miró fijamente a los ojos, buscando desesperadamente un asidero de cordura.

—Tú dirás lo que quieras, pero esto de normal no tiene ni la sombra. Y yo, sinceramente... ya no sé si ponerme a rezar un avemaría de espanto, echar a correr ladera abajo o sentarme a tu lado a esperar el siguiente disparate. ¿Tú qué piensas de todo este lío?

La Beata ni se inmutó. Siguió caminando a su ritmo un par de segundos, dibujando en los labios una media sonrisa socarrona antes de girarse despacio hacia él. Lo miró de arriba abajo, recreándose sin prisa en la cara de circunstancia del teólogo.

—Ay, Beato de mi alma... —suspiró, dejando escapar ese tono cansado pero cariñoso de quien ya lo ha visto todo en esta vida y en las siguientes—. ¿Y para decirme eso me caminas con pies de plomo, mirando a las árgomas como si fuera a salirte de pronto un tribunal entero de la Inquisición a pedirte cuentas?

Se acomodó el mantón sobre los hombros y dejó caer una risita seca, cargada de pura retranca lebaniega.

—Mira, santón: si supieras las cosas que van a inventar unos cuantos siglos más adelante solo para calentar el ambiente y soltar cuatro discursos, un caballero rodeado de humo de colores y un árbol charlatán te parecerían una bendición del cielo sin trampa ni cartón. ¡Que nos conocemos, Toribio! Que te pasas la vida buscando señales divinas y monstruos entre los pergaminos viejos y, ahora que los tienes delante haciendo cabriolas, te entra el tembleque en los tobillos.

Dio un paso más cerca de él, bajando un punto la voz pero sin perder un ápice de guasa:

—Tranquilízate. Ni el diablo tiene tanto empeño en marearte a ti en exclusiva, ni Dios tan poco trabajo... o tal vez sí. Pero te aseguro que los verdaderos demonios no salen de la nada rodeados de azufre; vienen solitos con cara de listos a contarte sus miserias. Así que menos rezos de pánico y más temple. Que lo que tenga que venir, vendrá, y nos va a pillar con la misma cara a ti y a mí.

Entre charlas, risas y la filosofía de La Beata, la caminata llegó a su destino. Como emergido del propio corazón de la montaña, apareció el oratorio de San Pedro. Se trataba de un pequeño templo de piedra y musgo, encaramado en un alto. De no ser por la espesura del bosque que amenazaba con devorarlo, desde sus muros se divisaría la enormidad del valle, con sus caseríos y sus gentes.

Beato apremió el paso.

—Vamos, la tercera pista seguro que nos da la clave definitiva de lo que buscamos.

Nada más lejos de la realidad.

Todos se pusieron a escudriñar los rincones más recónditos de la celda. Como los eremitorios anteriores, era una estancia austera de recogida oración, con un altar de piedra tosca al fondo y un pequeño ventanuco en forma de cerradura por donde apenas penetraba un hilo de luz: lo justo para no tropezar con la penumbra. El interior era hostil a la búsqueda, envuelto en una pátina de siglos y pisotones de frailes penitentes; allí no aparecía nada. El exterior, cubierto de hiedra y líquenes, tampoco ofrecía el menor indicio.

Pasaron las horas en vano. Exhaustos, decidieron tomarse un descanso.

—Si algo no sale a la primera, lo mejor es pensar en otra cosa y volver más tarde —sentenció la voz profunda del Castaño de Rioz, haciendo retumbar el aire con esa calma ancestral que serenaba los ánimos.

Ante tan sabias palabras, ya se disponían todos a abrir los zurrones cuando un grito desde el ventanuco rompió el silencio.

—¡Aquí! ¡Venid rápido! —exclamaba Fray Filipo.

El fraile sureño, al intentar limpiar una gruesa estalactita de cal y suciedad que colgaba en la parte superior de la ventana de cerradura, la había partido sin querer. El desprendimiento dejó al descubierto un aro metálico. Al tirar de él con fuerza, emergió de un nicho secreto en la piedra un cilindro de bronce verdoso con seis siglos de historia a sus espaldas. Estaba tan oxidado y corroído por la humedad que apenas se reconocía como una antigua capsa romana.

El Caballero de la Lobera contempló la pieza con el ceño fruncido. Impaciente, echó mano al puñal y pasó la hoja contra el metal para forzar la rendija. La hoja chirrió amargamente desprendiendo costra de óxido verde, pero la tapa ni se inmutó. Visto el fracaso, el Caballero hizo ademán de levantar el cilindro para estamparlo con fuerza contra el altar de piedra.

Trasgo le paró en seco, poniéndose de por medio.

—¡Eh, eh! Los señores de hierro siempre pensáis que el mundo se arregla a mandobles. Si golpeas eso contra la roca, haréis

puré lo que sea que guarde dentro. Déjame a mí, bruto.

El duende se cuclilló en el suelo, tomó la capsa entre sus manos y la sopesó con delicadeza. La acercó a su oreja orejuda, dándole un par de golpecitos secos con el nudillo. Luego, rebuscó en los dobladillos de su jubón y extrajo una aguja de hueso, larga y roma, de las que usaba para hurtar los cerrojos de los graneros. Con pulso de cirujano, introdujo la punta de hueso por una ranura casi invisible en la base. No giró; empujó hacia el fondo, tanteando la resistencia del mecanismo. Concentró todo su rostro, movió la aguja un milímetro a la izquierda, aplicó una leve presión y empujó hacia abajo.

¡Clac!

Era una milenaria cerradura de pasador con resorte de hojas, de las que se abrían en tiempos de las legiones con una llave de empuje. A falta de bronce imperial, una aguja de hueso y la maña infalible de un duende hicieron el milagro.

Un chasquido seco resonó en las paredes de piedra. La tapa de bronce cedió, deslizándose hacia fuera y liberando un sutil efluvio a aceite rancio y polvo acumulado desde hacía centurias.

—¿Lo veis? —presumió Trasgo, ensanchando una sonrisa de pura suficiencia—. Delicadeza. Eso es lo que os falta a los grandes.

Los Comuneros y los monjes se inclinaron hacia delante, conteniendo el aliento a la espera de encontrar un pergamino o una fecha sagrada. Trasgo metió los dedos en el cilindro y sacó lo que parecía un jirón de lino oscurecido, rígido por la mugre y carcomido en las orillas. Lo volteó con infinita decepción y, al sacudirlo, algo pesado se deslizó sobre sus manos.

Era una lúnula, el amuleto en forma de media luna que usaban los soldados romanos. Una C perfecta de bronce fundido que había aguardado en la penumbra de San Pedro para convertirse en la tercera pieza del enigma.

—¡Por todos los santos y demonios! —exclamó el Beato, llevándose las manos a la cabeza—. L... V... C... ¡Esto no tiene el más mínimo sentido! Tendré que darle mil vueltas en la cabeza hasta sacarle el jugo a lo que esconden estas letras.

—Tendremos, Toribio, tendremos —dijo La Beata acomodándose el mantón—. Pero el tiempo vuela y nos queda mucho camino por delante. Pasaremos la noche en el

monasterio, que nos queda a un paso, y saldremos al amanecer para San Juan de la Casería.

Con la tarde cayendo sobre las montañas y dando paso a las sombras donde habitan las leyendas, la Comunidad del Bardal y sus santos acompañantes emprendieron el descenso hacia Santo Toribio, discutiendo afanosamente la mejor manera de no contarle demasiado al abad Fidel... sin llegar a mentirle del todo.

VIII. La Despensa del Monasterio y la Travesura de Trasgo

Al salir al albor con rumbo a San Juan de la Casería, tras haber pernoctado entre los fríos muros del monasterio de Santo Toribio, las palabras del abad Fidel aún resonaban vibrantes en la cabeza de los expedicionarios. Y es que, al final, la noche anterior no habían tenido más remedio que confesarle casi todo el enredo de sus andanzas.

—¡Apariciones espectrales, criaturas de la gárgola, peleas a garrotazos con maleantes y alfabetos arcanos escondidos en altares! —había clamado el superior, alzando los brazos al cielo con una mezcla de consternación y sofoco—. ¡Como sigáis viendo imposibles a cada paso por la sierra, os voy a poner a rezar monótonos padrenuestros a pan y agua hasta que volváis a la razón!

Sin embargo, a pesar de las severas amenazas, a nadie se le escapó la chispa de curiosidad e ilusión que brillaba en las pupilas del anciano abad al oír hablar de los secretos de la Viorna.

Pronto alcanzaron San Juan de la Casería. Poner un pie en aquel paraje era como desembarcar en unas termas romanas

en comparación con las austeras grietas y cuevas habitables donde oraban los penitentes. Allí se alzaba una capilla impecable, construida en sólida mampostería y armada con imponentes vigas de roble hechas para desafiar a los siglos. Dos amplios ventanales labrados en sillería fina lucían como un auténtico lujo para la época, y la recia puerta de madera ostentaba grabado en su dintel el lema benedicto por excelencia: “Ora et labora”. La ermita aparecía rodeada por espléndidos campos de cultivo y huertas de donde se surtía la despensa de los monjes, todo parcelado por limpios muros de piedra seca y sombreado por frondosos árboles plantados con sabiduría para cobijarse cuando el sol de Liébana aprieta de verdad. Un verdadero oasis de paz en mitad del desierto de las penitencias.

El Beato, que ya conocía el lugar de sobra, siempre lo había considerado con pragmatismo como «la despensa». Pero el resto de la expedición, al contemplar semejante paraíso terrenal, sintió cómo las ansias de buscar y rastrear rastros oscuros se evaporaban de forma milagrosa. En cuestión de minutos, se produjo una desbandada sigilosa y harto sospechosa: unos se fueron a beber a la fuente, otros a tenderse a la sombra de un castaño, y los de más allá a curiosear por el fresco de la capilla.

El Beato se llevó las manos a la cabeza, desorbitando los ojos.

—¡Por todos los demonios del mismísimo purgatorio! —bramó, haciendo retumbar su voz sobre las huertas—. ¡Hemos venido a desentrañar un enigma sagrado, no a retozar en el prado! ¡Esto se parece más a la barra de una posada en Mieses que a un eremitorio de rigurosa oración!

Con bastante más paciencia que verdadera devoción, la Comunidad empezó a rastrear la zona, sin saber muy bien qué buscar ni por dónde empezar. Se repartieron entre el interior de la capilla y los campos linderos. Pero la mañana fue pasando plácidamente entre brisas y aromas a tierra húmeda, y pronto les dio la hora del almuerzo sin haber hallado el menor indicio. Aquello amenazaba con convertirse en una misión imposible.

Ganas de trabajar no había muchas, y la ociosidad es la cuna de las trastadas. Trasgo, aburrido de dar vueltas sin encontrar en qué entretenerse, se fijó en el Caballero de la Lobera. Una oportunidad de oro, caviló el duende; la cara se le iluminó con una sonrisa socarrona de oreja a oreja.

El Caballero había localizado una gran losa plana de piedra, desgastada y pulida por los peones del monasterio. Estas losas se usaban en cada huerta como afiladores naturales para pulir el filo de las hoces y cuchillos sin necesidad de subir hasta el cenobio. Allí estaba el guerrero, arrodillado con santa

paciencia, repasando el filo de su puñal de acero contra la piedra mojada.

Sin que nadie le viera, Trasgo se coló a gatas tras un denso bardal de zarzas. Armado con una gruesa rama de avellano a modo de palanca, la coló bajo el asiento de la piedra y apretó con todas sus fuerzas. La pequeña cuña de apoyo saltó por los aires. La pesada losa de afilado se desequilibró de golpe y empezó a deslizarse como si la empujara un alma en pena, cayendo directamente hacia las piernas del Caballero.

Este reaccionó con la celeridad del rayo, dando un salto atrás para evitar el impacto. Al ver la rama y la sombra del duende escurriéndose entre las hojas, se llevó la mano a la empuñadura.

—¡Por las llagas de Cristo! ¡Maldito sea el duende! —rugió el guerrero—. ¡Verás cuando te ponga la mano encima!

Aquello se convirtió en un espectáculo digno de feria local. Trasgo echó a correr a todo trapo gritando auxilios y buscando al Castaño de Rioz para que le hiciera de escudo natural. El Caballero de la Lobera lo perseguía a zancadas furiosas con el puñal en alto. Los frailes Filipo y Alonso, al ver semejante estampa de carreras y voces, saltaron de la huerta y salieron también corriendo en estampida, aunque nadie sabría decir con certeza hacia dónde ni para qué. Parecía un circo de tres

pistas desatado en medio del remanso de San Juan.

El Beato, que asistía atónito a la comedia desde la entrada de la ermita, se acercó resoplando a la losa desplazada para colocarla de nuevo en su sitio. Semejante útil de trabajo no podía quedar destrozado por una gamberrada.

Al agacharse para levantar la piedra volteada, se fijó en que la cara inferior, protegida de las inclemencias y cubierta por una fina pátina de musgo y negrura acumulada, presentaba unos extraños arañazos geométricos. Se arrodilló sobre el barro y frotó la superficie con el dobladillo de su hábito.

Lo que apareció ante sus ojos le pareció una revelación.

Allí, tallada con trazo profundo y firme en la roca arcana, descansaba la D. Una pieza más. Un paso crucial para despejar las brumas de la sierra.

L... V... C... D...

—¡Lo encontré! ¡Por la Santa Cruz, que lo he encontrado! —chilló el Beato rompiendo a gritar como un poseído.

El alarido frenó en seco la alocada persecución. Trasgo se detuvo resoplando detrás del tronco del Castaño, el Caballero enfrenó el paso limpiando la hoja de su puñal, y los frailes regresaron a paso ligero secándose el sudor de la frente. Todos se arremolinaron alrededor del teólogo, contemplando extasiados la nueva letra grabada.

Como la tarde se les había echado encima y el paraje seguía siendo un remanso idílico, acordaron no arriesgar la marcha a oscuras, preparar allí mismo la cena —labor que asumió Fray Alonso con mano experta de gran cocinero— y pasar la noche a resguardo de la ermita.

Por cierto: el Caballero de la Lobera terminó por olvidar la trastada de Trasgo en cuanto el Castaño intercedió con su voz pausada de roble sabio. La Beata le impuso al duende una penitencia de diez rosarios que, por supuesto, Trasgo no cumplió jamás. Y así, entre el aroma del guiso y el frescor de la noche lebaniega, la Comunidad del Bardal descansó en paz y armonía... más o menos.

IX. La Ascensión a las Cumbres y las Dos 'C' de la Cueva Santa

El viaje comienza abajo, junto al rugido sordo del río que abraza la hoya lebaniega, donde el aire todavía es denso y cargado de humedad. La Comunidad del Bardal y sus acompañantes dejan atrás el remanso de huertas de San Martín de Turieno para adentrarse de inmediato en una penumbra verde y tupida. Aquí no existen caminos reales; solo sendas de ganado desdibujadas, abiertas a golpe de pezuña por vacas y cabras, o el cauce seco y torrencial de alguna regata invernal atestada de rocas sueltas.

A medida que ganan altura, el bosque de robles y quejigos se cierra sobre ellos. La luz del sol apenas logra filtrarse entre el denso dosel de hojas, creando una atmósfera de eterno atardecer.

El terreno se vuelve traicionero, empinado y resbaladizo bajo un manto frondoso de hojarasca en descomposición y musgo húmedo. Cada paso exige un esfuerzo agónico; las manos buscan a ciegas el agarre de las raíces expuestas que se aferran a la pendiente. Trasgo, en su salsa, juguetea con los frailes como si la gravedad no fuera con él. No cabe duda de que los monjes ya forman parte indivisible de La Comunidad: es la magia de este grupo heterogéneo y variopinto, que acoge

con el corazón abierto a cualquiera que camine con buena voluntad.

Todos aprietan los bastones, no solo para sostener el equilibrio, sino por pura defensa. En estas espesuras el oso pardo busca alimento y el lobo acecha en la penumbra. El temor a la fiera y a los viejos "demonios del monte" acelera las pulsaciones tanto o más que la pendiente. El silencio en la fronda es sepulcral, roto únicamente por el crujido de sus pisadas sobre la broza y el canto lejano y grave de un urogallo.

Tras una dura ascensión, la vegetación empieza a clarear, dando paso a un escenario escarpado, áspero y dominado por la caliza. El olor a humedal cambia de golpe por el aroma penetrante del tomillo silvestre, el espliego y la frescura de la roca desnuda. Las encinas de montaña, bajas y retorcidas por el viento, brotan heroicas de las propias grietas de la peña. Aquí el aire del norte golpea el rostro con fuerza, secando el sudor de la frente, mientras las sombras majestuosas de los buitres leonados se proyectan sobre los cortados.

La comitiva avanza en absoluto silencio. El rigor de un ascenso que deja sin resuello y la certeza de estar a un paso de las últimas piedras les hace recapacitar en lo que les deparará el destino. Finalmente, tras rodear un farallón rocoso por un paso estrecho que se asoma a la abismal caída, se van

topando con su destino.

La Cueva Santa y la pequeña capilla de Santa María de los Ángeles se yerguen al borde mismo del precipicio. La cueva es una humilde oquedad natural, apenas acondicionada por la mano del hombre con toscos mampuestos de piedra caliza, colgada literalmente sobre el vacío.

La Beata, fiel a su costumbre, se dispone a tomar el mando de la búsqueda, pero el Caballero de la Lobera, con la autoridad de quien ha librado mil batallas, se le adelanta con voz grave y rotunda:

—La Cueva y Nuestra Señora de los Ángeles están a un tiro de piedra la una de la otra. La prudencia dicta dividir el grupo para escudriñar ambos parajes al mismo tiempo.

—Buena idea, Caballero —asintió La Beata, reajustándose el mantón—. Si os parece bien a todos, Fray Filipo y Fray Alonso marchad hacia Santa María y llevaos a este trasto de Trasgo para que os ayude en el exterior, que entre la arboleda se mueve como nadie. Tú, Caballero, y el Castaño de Rioz explorad los alrededores de la cueva. El Beato y yo buscaremos en el interior.

Sin perder un segundo, la comitiva se dispersó. Todos sabían exactamente qué buscar.

El Beato y La Beata se adentraron en la penumbra de la Cueva Santa. El silencio de la roca viva los envolvió de golpe. El monje contempló las paredes desnudas y dejó escapar un suspiro cansado que retumbó en la bóveda:

—¿Sabes lo que representa este templo de la naturaleza y de Dios para mí, Beata? —soltó de pronto el Beato, dejando a la anciana intrigada—. Mil veces he subido hasta aquí buscando inspiración para mis comentarios al Apocalipsis. Buscaba aislamiento total, retiros de silencio y mortificación. Pero jamás en mi vida había caminado en tan buena compañía. Formáis una familia de verdad: os enfadáis, reñís, os reís los unos de los otros, pero siempre os ayudáis y estáis pendientes del prójimo. Sentís el alma de la Comunidad como una sola unidad. Tienes una suerte inmensa de liderar a este grupo fantástico.

La Beata lo cortó en seco, mirándole con infinita ternura pero sin perder la firmeza:

—Toribio, no te equivoques, hijo. La Comunidad no tiene líderes, ni rangos, ni galones. A mí me encontraron hace años en Cintul. Estaba tirada entre los restos de un altar en ruinas, llorando de rabia porque las viejas piedras que agonizaban me

gritaban sus memorias y yo no era capaz de entenderlas. Ellos me recogieron, me dieron su alma y sus sueños para que aprendiera a escuchar. El auténtico fundador de La Comunidad del Bardal es Arastadar, el gran perro que viste antes de que invocara al Caballero. Ahora, ya mayor y caminando en un eclipse eterno, nos acompaña en espíritu y sigue siendo el Akela de la manada.

El Beato bajó la mirada, emocionado por las palabras de la mujer.

—Tienes suerte, Beata... Yo aún no he logrado salir de mis propias sombras. Por eso, en la penumbra del scriptorium, cuando te vi aparecer, pensé que Dios te había mandado para ayudarme a deshacer el enredo de vida que llevo dentro. Y, «vive Dios», que resolvamos o no este enigma, ya lo habéis conseguido. Gracias de corazón.

—Ay, Toribio, mi niño... —murmuró La Beata dándole una palmadita en el hombro—. Ahora a trabajar, que tenemos que dar con la pista de la Cueva.

Pasaron las horas entre el rastreo minucioso y el reparto de las provisiones que reclamaban los frailes. Las pistas terminaron por brotar de la roca, pero para el Beato el alfabeto

arcano había perdido su urgencia angustiosa: ahora buscaba con la paz de quien sabe que el tiempo, el espacio y el destino pondrán la verdad en sus manos, arropado por una compañía insuperable.

Afuera, Fray Alonso dio un grito al descubrir, en una losa de Santa María de los Ángeles, una C tallada. Estaba camuflada dentro de un jeroglífico de trazos ásperos, como si una piara de cabras hubiera pateado la piedra hasta hacer pasar la marca por un desgaste natural.

Poco después, en el interior de la cueva, el propio Beato dio con la segunda. Recordó que a menudo usaba aquella oquedad como caja fuerte para ocultar sus manuscritos y reliquias cuando las alarmas por incursiones enemigas encendían el valle. Razonó que la marca debía estar en una piedra que hiciera las veces de tapa o cierre secreto. Le llevó tiempo, pero al volcar un pedrusco en la penumbra del fondo, allí estaba: otra C perfecta.

De regreso en el mirador calizo, el Beato contempló las anotaciones de su pergamino con una mueca de desconcierto:

—El misterio parece no tener pies ni cabeza: L... V... C... D... C... C... Salvo que la última piedra nos entregue la llave definitiva,

no le veo la luz a esto.

—Hombre de poca fe, Dios proveerá —dijo La Beata, ajustándose el mantón con una sonrisa.

—Esperar y reflexionar —apostilló el Castaño de Rioz con su voz profunda, haciendo retumbar las peñas.

Con la serie de letras flotando en sus mentes y el sol ocultándose tras los Picos de Europa, dejando un reguero anaranjado sobre las cumbres, todos coincidieron en que lo sabio era buscar refugio para dormir.

Al día siguiente los aguardaba el último peldaño de la travesía: La Magdalena. Aquella ermita que, con el discurrir de los siglos, se evaporaría como un fantasma sin dejar apenas rastro sobre la tierra, pero que en aquel siglo VIII se erigía, misteriosa y serena, como la catedral olvidada de la Sierra de la Viorna.

X. La Catedral del Viento y la Revelación del Año 800

La distancia desde la Cueva Santa era corta, pero el paso de la comitiva se volvió rápido, nervioso y febril. Estaban rozando con la yema de los dedos el final del camino; por fin iban a desentrañar el arcano que los había arrastrado a través de las entrañas de la Viorna.

Al fondo, emergiendo entre la niebla fina que hacía llover a los árboles y los primeros rayos de sol que abrían un abanico multicolor sobre la sierra, se dejaron entrever las piedras más altas de La Magdalena. Aquello no era un eremitorio al uso, no. Era una verdadera Catedral colgada del cielo, una mole de piedra sagrada dolida y cicatrizada por antiguas batallas entre las sombras y la luz.

Cuenta la vieja leyenda lebaniega que, mucho antes de que Santo Toribio de Palencia llegara a Turieno y quedara prendado del valle, un ermitaño halló en la cima de la Viorna el enclave perfecto para erigir un templo. Viéndose solo, imploró ayuda a los cielos y se le envió una legión de ángeles para construir el refugio de su bien más preciado: La Magdalena. Debía ser la fortaleza inaccesible donde custodiar un misterio divino. Los ángeles trabajaron sin descanso hasta tener el templo casi rematado. Pero poco antes de colocar la última piedra, un ángel se rebeló contra las órdenes de su Señor. Se

entabló entonces una batalla a muerte en las alturas: cayeron rayos, llovieron granizos de fuego y vientos huracanados desataron un invierno eterno en la ladera. Al final, el ángel caído fue derrotado y sepultado en las entrañas de la propia Catedral que ayudó a alzar. Los daños fueron tan devastadores que del templo solo sobrevivieron los muros y el ábside, testimoniando su antigua e imponente grandeza.

La Beata, al escuchar el relato mientras ganaba los últimos metros de subida, resopló ajustándose el mantón:

—¿Ángeles bajados del cielo? ¡Bah! ¡Eso es lo que cuentan los cronistas para no pagar la mano de obra a los canteros de la comarca! Aunque, la verdad sea dicha... a ver quién sube esos silleros hasta aquí arriba si no es a fuerza de milagro.

Cuando La Comunidad del Bardal y sus amigos alcanzaron la entrada de La Magdalena, la tensión se masticaba en el aire. Se desplegaron de inmediato por los cuatro puntos cardinales explorando el exterior. Todos salvo el Caballero de la Lobera, que aferró con firmeza un candil de sebo, ajustó el embozo y cruzó el umbral de aquella mole de piedra, adentrándose en un recinto oscuro y cargado de siglos de olvido.

La atmósfera adentro era densa, impregnada de olor a

humedad, polvo antiguo y un leve rastro de azufre. A medida que el guerrero avanzaba entre sillares caídos aproximá ndose al ábside, la tenue luz del candil iluminó una figura de color rojo brillante pintada en el fondo de la pared. El Caballero contuvo el aliento, reconoció la criatura al instante y salió al paso ligero llamando a sus compañeros:

—¡Venid rápido! He encontrado algo... y, por la Gracia de Dios, que no quiero estar solo frente a ello.

La Comunidad se arremolinó a su alrededor y enfiló en masa el pasillo hacia el ábside.

A medida que se acercaban, la figura pigmentada en el muro comenzó a iluminarse desde dentro, cobrando un relieve grotesco, como si pretendiera salirse de la piedra viva. El Caballero y los frailes tomaron la vanguardia empuñando sus armas. Trasgo se agazapó tras una columna de caliza, enseñando los dientes:

—Como se mueva un milímetro, le muerdo una oreja y le ato una liana en las patas —murmuró el duende.

El Castaño de Rioz extendió sus ramas más bajas sobre el grupo, desplegándolas como un escudo vegetal para proteger a todos. El Beato apretaba su pergamino intentando buscar

una explicación lógica a lo que veían sus ojos. Pero fue La Beata, un poco cansada de tanto protocolo y misterio, la que dio un paso al frente, alzó la cayada y tronó con voz firme:

—¡Moro o cristiano, criatura o aparecido! Seas lo que seas, deja de intentar impresionarnos con lucecitas y habla de una vez, ¡por Santo Toribio el de Palencia!

En respuesta a su voz, la pared crujió. De la pintura roja emergió corpóreo y formidable un Dragón de siete cabezas, refulgente como la brasa viva. La tensión alcanzó el punto de ruptura. Los dos frailes aferraron sus cayados con tanta fuerza que los nudillos se les quedaron blancos; el Caballero de la Lobera comenzó a desenvainar su espada con la cabeza de Lobo en el pomo, y el Castaño acorazó el frente.

El Dragón avanzó un paso, volviéndose monumental, ocupando la nave entera. Trasgo tomó impulso para saltar a la oreja de la Bestia. Pero justo cuando la batalla iba a estallar, el Dragón abrió sus siete fauces y habló. Brotó de él una voz suave, armoniosa y paradójicamente serena, aunque profunda como si retumbase desde el centro de la tierra:

—¡Guardad las armas! De nada os serviría el acero contra quien es solo espíritu y memoria. Soy la última pieza que estabais

buscando. Tras la gran contienda, fui condenado a custodiar este recinto hasta la llegada del Beato y entregarle la llave de la revelación.

El Dragón desplegó sus inmensas alas rojas, hinchó el pecho e hizo relucir en sus escamas la séptima y última letra... una C.

Acto seguido, el monstruo se desvaneció en una humareda purpúrea que se disipó lentamente entre las ruinas de La Magdalena.

El enigma estaba completo. Era hora de regresar a Santo Toribio de Liébana para armar el rompecabezas.

Pasaron unos días de descanso en el monasterio. Sabiendo la misión cumplida, La Comunidad del Bardal comprendió que había llegado el momento de emprender el viaje de vuelta a su tiempo. Así se lo hicieron saber a su anfitrión en el scriptorium.

—Toribio, hijo —dijo La Beata contemplando los mapas del monje—. Ha llegado la hora de volver al sitio de donde vinimos. Solo queríamos despedirnos como es debido.

—¡Esperad! —exclamó el Beato, alzando la mirada con los ojos encendidos por la luz del conocimiento—. Por fin he descifrado el mensaje. Las tres primeras letras que hallamos, L... V... C..., conforman la abreviatura de LVCIFER, el Ángel Caído y señor de las sombras. Un aviso claro de la presencia del mal que acecha en la historia. Pero las cuatro últimas letras, D... C... C... C..., no son un vocablo... ¡es una cifra en números romanos! Indica la cantidad de 800.

El monje extendió su borrador sobre la mesa de madera mientras Fray Alonso y Fray Filipo asentían con el rostro apesadumbrado ante la despedida:

—Mis cálculos me revelan que desde la Creación pasaron 5.228 años hasta la venida de Cristo. Nos quedan apenas unos pocos años para completar los seis mil de la Sexta Edad del Mundo... ¡lo que sitúa el hito crucial exactamente en el Año 800! Ese será el tiempo marcado, la era sobre la que debo advertir en mi Comentario al Apocalipsis. Me habéis abierto los ojos y salvado de las sombras. Os estaré eternamente agradecido. Ahora... os siento parte de mi propia familia.

Con el misterio resuelto y los corazones llenos, La Comunidad del Bardal se reunió en el patio del cenobio. Envueltos en un halo de niebla blanca que empezó a girar suavemente sobre las losas de piedra, se despidieron con la mano de los frailes y del Beato.

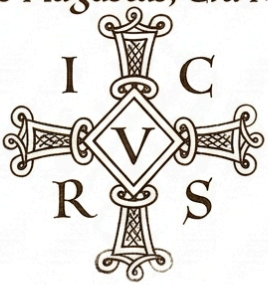
Los tres comuneros —La Beata, Trasgo y el Castaño de Rioz— junto a la sombra del fiel Arastadar y el Caballero de la Lobera, se disolvieron en el flujo del tiempo, dejando atrás nuevos amigos y la promesa eterna de las montañas de Cantabria.

Regresaban a su origen para tomarse unas vacaciones bien merecidas al calor del Bardal... y preparar, porque las piedras viejas nunca callan del todo, su próxima gran aventura.

EPÍLOGO

Dicen los viejos de Liébana que, si subes a La Magdalena en las tardes de bruma cuando el sol se oculta tras los Picos de Europa, aún se escucha el eco de un duende riéndose de un fraile, el crujir de unas ramas de castaño y el murmullo sabio de una anciana que le recuerda al viento que los misterios nunca se terminan... solo cambian de lugar.

EXPLICIT LIBER ISTE

Si quis hunc librum Iohannis Caroli Udias rapuerit aut celaverit, anathema sit; quomodo in die modo impncaturdo quomodo in die iudicii iudicaturus erit, et dampnatus ad poenas inferni cum iuda traditore. Amen. Fiat. Fiat.

Factum est hoc volumen ante diem IV Kalendas Augustas, Era MMLXIV